

Crisis económica y defensa campesina en el México rural

LEIGH BINFORD

INTRODUCCIÓN

LA SITUACIÓN DE LOS trabajadores de México en la actualidad, bien podría ser más seria que en cualquier otro momento desde el fin de la segunda guerra mundial. A partir de 1982, el desempleo ha aumentado de 14% a 16%, y un 50% de la fuerza de trabajo está desempleado. Las dos terceras partes de los 25 millones de trabajadores mexicanos no gana más del salario mínimo, pero debido a que la inflación —la cual ha aumentado en aproximadamente 90% anual durante los últimos seis años— se ha incrementado mucho más rápidamente que los salarios mínimos, la mayoría de los trabajadores ha perdido entre 40% y 50% de su poder de compra relativo a 1982 (Ramírez 1989; Calvo, 1988; Rogers, 1988; Brooks, 1987; Cornelius, 1986). Como señala Ramírez (1989:9):

El drástico deterioro del poder de compra de los trabajadores pobres los ha obligado a alterar la composición y el tamaño de su canasta de consumo. Los productos más costosos se han sustituido por otros más baratos, o cuando esto no es posible, los han reducido junto con su consumo de alimentos ricos en proteínas como carne, huevos y leche.

En comparación con las numerosas observaciones acerca del impacto de los presupuestos de austeridad y la hiperinflación sobre los niveles de vida y las posibilidades de la clase urbana trabajadora, se ha puesto relativamente poca atención a la situación de los campesinos y los trabajadores asalariados del campo. Con base en entrevistas en cuatro municipios del centro del país realizadas en 1985, Grindle (1987: 9) informó que aunque las dietas parecían haber empeorado, la mayoría de los habitantes del campo había logrado adaptarse mediante la explotación de gran cantidad de fuentes de ingresos, entre las cuales, la más utilizada era el trabajo asalariado estacional. Los envíos de dinero de los trabajadores migratorios ayudaban a sostener los hogares rurales e incluso, en algunas instancias, resultaban una fuente importante de capital de inversión (*cfr.* Grindle, 1988: 19, 87, 113; Massey *et al.*, 1987).

Por otra parte, el trabajo migratorio tenía relativamente poca importancia entre los 25 campesinos-artesanos oaxaqueños entrevistados, también en 1985, por Cook (1988). Cook identificó gran variedad de estrategias (*ibid*: 61-65) que las familias de campesinos artesanos (FCA) utilizaban para enfrentarse a la creciente inflación. Algunas de éstas, como el incremento de la producción de cultivos comerciales, los obligaban a pasar fondos de inversión de la producción de artesanías a la agricultura. Otras FCA reducían la dependencia mediante la sustitución de bienes producidos para el autoconsumo, tales como maíz o frijol, por bienes de consumo adquiridos en efectivo. En los casos en que esto era posible, los productores artesanos buscaban transferir los aumentos en los costos de producción mediante el aumento de los precios de venta de sus productos, aunque la naturaleza de los mercados de productos (competitivos *versus* monopolizados) desempeñaban un papel importante en el resultado de esta estrategia. La estrategia (o combinación de estrategias) que las familias ponían en práctica dependía de la disponibilidad de tierras, el trabajo familiar y los insignificantes medios de producción industrial; el carácter del mercado para los bienes de producción familiar, y el acceso al capital (el cual podía invertirse en la diversificación de las actividades económicas). A pesar de la gran variedad de respuestas creativas, el 75% de los informantes de Cook afirmó que su vida era más difícil en 1985 que en años anteriores, y sólo 4% declaraba que había mejorado (Cook, 1988: 65).

Este artículo se refiere al trabajo de campo realizado durante los veranos de 1987 y 1988 acerca del impacto de la crisis económica sobre los hogares agrícolas y los esfuerzos de las familias para defenderse de ésta en una comunidad agrícola, Santiago Laollaga, localizada al sur del Istmo de Tehuantepec. Antes de examinar las condiciones socioeconómicas de Santiago Laollaga, es útil presentar dos grupos, al parecer contradictorios de observaciones, derivadas de entrevistas con treinta jefes de familia, llevadas a cabo en julio y agosto de 1987. Las entrevistas se centraban en la conceptualización de la crisis económica mexicana y las respuestas a ésta. Una de las últimas preguntas tuvo como respuesta un recuento de las mejoras a las viviendas y compras de bienes muebles en los hogares entre 1981 y 1987. Los resultados fueron los siguientes:

- 14 radios
- 15 grabadoras
- nueve televisores
- cuatro estufas de gas
- dos refrigeradores
- 16 casos de mejoras en las viviendas que iban desde la instalación de un piso de cemento y la añadidura de un baño o bodega, hasta la construcción de una nueva casa.

No se trataría de cifras que la mayoría de los científicos sociales esperan encontrar en el contexto de la peor crisis económica de México desde la depresión. Usualmente, cuando se menciona la crisis, los científicos sociales tienden a pensar en gente sin casa, sin trabajo, "los marginados", la fuerza de trabajo migratoria,

desnutrición, etcétera. Entonces ¿quiere decir esto que en realidad todo es color de rosa entre los campesinos, o al menos en el caso de los campesinos estudiados, y que la crisis tiene un efecto menos severo sobre los pequeños campesinos que entre la clase urbana trabajadora? ¿O significa que la comunidad de donde se obtuvieron estas cifras es excepcional, o que la comunidad es característica pero que la muestra de las personas entrevistadas no es representativa?

En el mismo sentido podríamos clasificar otra serie de observaciones entre las que estarían las siguientes:

Primero, los jefes de familia entrevistados tenían 128 hijos distribuidos como sigue: 73 aún residían en el hogar en 1987, todos excepto unos cuantos de éstos eran niños pequeños, adolescentes o escolares; quince habían abandonado el hogar paterno, generalmente para casarse y habían establecido hogares independientes en la comunidad; los restantes 40 habían emigrado y establecido hogares en la ciudad de México (el destino más común) y otras áreas, en su mayoría urbanas. Las tasas históricamente altas de emigración (especialmente desde 1960) de adultos nacidos en Santiago Laollaga hacen que resulte muy probable que la mayoría de los hijos restantes también emigrará una vez que llegue a la edad adecuada. Sin embargo, la migración no necesariamente rompe los lazos familiares y comunitarios. Se ejerce una gran presión social en los emigrantes (especialmente los solteros) para que cuando les es posible, ayuden al hogar paterno. A pesar de la crisis económica, 18 de 40 emigrantes enviaban periódica o regularmente regalos en forma de dinero y/o bienes.

Segundo, muchos informantes afirmaron haber alterado sus patrones de consumo de diversas maneras durante los últimos cinco a seis años. Muchos hombres declararon haber disminuido su consumo de cerveza, especialmente en los fines de semana, aunque esto resultó difícil de comprobar, y varios otros habían dejado de fumar, mientras que otros habían reducido su consumo de cigarrillos. La tercera parte de los informantes dijo que su consumo de carne había disminuido significativamente y las mujeres declararon que no sólo compraban menos carne que antes, sino que la que adquirirían era de menor calidad —más retazo con hueso que maciza.

Tercero, varios hombres afirmaron que trabajaban más que antes, que trataban de trabajar la tierra más rápidamente para sacarle mayor provecho; sus horas en el campo habían aumentado y dijeron que todo ello era necesario para salir adelante.

¿Qué tipo de comunidad es ésta en la cual, por un lado, existen indicadores de lo que algunos podrían considerar como prosperidad, y por otro de lo que parecen ser índices de pobreza? ¿Y qué tipo de crisis es ésta, en la cual la prosperidad y la pobreza parecen estar tan yuxtapuestas? ¿Cómo justifica la gente la compra de un televisor o una grabadora si su dieta empeora? ¿No sería de esperarse que satisficieran sus necesidades con algún sentido de las prioridades: alimentos, vivienda y ropa primero, y luego los productos de lujo?

Más abajo describiremos a la comunidad, seguida de una investigación de las manifestaciones locales de la crisis y las respuestas a ésta por parte de algunos

de sus habitantes. Aunque las respuestas detalladas de las preguntas antes planteadas tendrán que esperar un poco, esta investigación proporciona información acerca de hasta qué punto y con qué costo han logrado las familias de Laollaga defenderse de la crisis.

LA COMUNIDAD

Santiago Laollaga se localiza en el estado de Oaxaca, distrito de Tehuantepec, a aproximadamente 30 kilómetros del Océano Pacífico. Es una de las varias comunidades mestizas en una región en su mayoría zapoteca, tal vez mejor conocida por las actividades políticas de la radical Coalición de Campesinos y Estudiantes del Istmo (COCEI) cuya base se encuentra en Juchitán, a 25 km. al sudeste (*cf.* Campbell, en prensa; Rubin, 1987; Binford, 1985, 1983). Tal vez debido a que los habitantes del lugar no se identifican como zapotecas y a que la mayoría sigue teniendo acceso a la pequeña propiedad, el movimiento no ha tenido demasiado éxito en la comunidad.¹ La población censada por los maestros locales en 1986 fue de 2 300 habitantes, pero debido a la falta de exactitud de este tipo de censos, se estima que la cifra real se acerca más a los 3 000, organizados en aproximadamente 500 familias. Los laollagueños se dedican a diversas ocupaciones incluyendo el trabajo especializado y profesional. Más de 60 de ellos son maestros que trabajan en otros pueblos y pequeñas ciudades. Sin embargo, entre 75% y 80% de los jefes de familia son campesinos que trabajan para sí y para otros. Aunque en las formas del censo se contó a las mujeres y su labor se calificó como “dedicadas al hogar” o “amas de casa”, su trabajo va mucho más allá de la reproducción de la fuerza de trabajo (cuidado de los hijos, preparación de alimentos, etcétera). Las mujeres no sólo participan en la transformación y comercialización de productos agrícolas en bienes de consumo (mediante el lavado, selección y empaque para la venta), sino que también obtienen dinero mediante la cosecha, el procesamiento y la venta de pulpa de tamarindo, haciendo pan y tortillas, criando animales para su venta, cosiendo y en la compra-venta en pequeña escala, como vendedoras ambulantes en

¹ Pocas personas hablan zapoteco o cualquier otro dialecto indígena en Santiago Laollaga y la mayoría de los que lo hace son inmigrantes recientes de comunidades zapotecas de la Sierra Atravesada o hijos de primera y segunda generación de inmigrantes de Espinal, Comitancillo, Ixtaltepec y otras poblaciones zapotecas del Istmo. A pesar de la baja incidencia de dialecto zapoteca, el sistema de fiestas, el traje femenino y muchas costumbres siguen patrones zapotecas, indicando que el cambio en el idioma es relativamente reciente, probablemente en los últimos 100 años. En la cercana comunidad de Santo Domingo Chihuitán ha habido un mestizaje relativo, aunque 70% de los habitantes de Magdalena Tlacotepec, a unos 10 kilómetros al sureste de Laollaga, hablaban zapoteco en 1970, según el censo nacional (respecto a Tlacotepec consultar Rymph, 1987). La erosión del zapoteco en Laollaga y Chihuitán bien podría estar relacionada con su proximidad a la ex hacienda de Santa Cruz, expropiada durante la reforma agraria de Cárdenas, pero el mecanismo preciso a través del cual esto podría haber ocurrido sigue siendo un misterio.

la comunidad o como intermediarias entre los campesinos de Santiago Laollaga y los operadores de puestos en los mercados de Ixtepec (Radda, 1988).²

La tierra es el cimiento material de las comunidades agrícolas y Laollaga tiene gran abundancia de ésta, distribuida en las tres formas de tenencia reconocidas por el gobierno mexicano. Está la pequeña propiedad, el ejido y la propiedad comunal. Sin embargo, la tierra incluida en cada categoría difiere sustancialmente en el acceso que se tiene a ella, las cosechas que se siembran en ella, los procesos de producción, la seguridad de la cosecha y su productividad.

La tierra comunal es de un total de 18 000 hectáreas y puede utilizarla cualquier residente mediante la solicitud al Comisionado de Tierras Comunales. No obstante, toda esta tierra es de temporal y por consiguiente, sólo es cultivable durante la temporada de lluvias de abril a octubre. Las lluvias en el Istmo son muy impredecibles, por lo que el trabajo de limpiar la tierra, sembrar, deshierbar, etcétera, a menudo no obtiene los resultados esperados debido a la sequía o, con menor frecuencia, a las lluvias torrenciales.

En contraste con lo anterior, tanto la pequeña propiedad como el ejido, los cuales suman más de 450 hectáreas, reciben agua de riego proveniente de uno de dos arroyos y canalizada hacia los campos por medio de una intrincada red de canales de riego, algunos de los cuales datan de antes de la Conquista. El ejido ha existido desde principios de la década de 1940, cuando la mayor parte de la tierra de una hacienda cañera, Santa Cruz, fue expropiada por el gobierno federal después de un largo período de litigio y luchas entre el propietario y los habitantes de la comunidad, en su mayoría campesinos sin tierras. La propiedad privada posiblemente ha existido en el Istmo desde mucho antes de la infame Ley Lerdo, la cual obligaba a la partición de la propiedad de grupos como la Iglesia y las comunidades agrarias (*cf.* Esparza, 1987), aunque Warman (1983: 2) sostiene que fue estimulada por las expropiaciones de tierras comunales llevadas a cabo durante la construcción del ferrocarril transístmico entre 1902 y 1907. Durante la última década del porfiriato, un famoso cacique local, Mariano Rueda y su familia, había logrado concentrar grandes extensiones de tierras. Durante la Revolución fueron atacados por porfiristas y obligados a huir; su propiedad fue tomada por miembros de la comunidad y redistribuida entre ellos. Actualmente algunos de los pequeños propietarios tienen títulos de propiedad, pero de cualquier forma se compran y venden terrenos, al igual que tierras ejidales (ilegalmente).³ Hace

² Churchill (1987: 69-71; también véase Chiñas, 1973) realizó una observación similar en la comunidad zapoteca de Espinal.

³ La Ley de la Reforma Agraria, la cual regula los ejidos, estipula que es ilegal vender o rentar tierras ejidales (Gobierno de México, 1981). A pesar de la ley, los ocupantes de tierras ejidales se consideran propietarios de ésta y la rentan y venden cuando les place con la complicidad total del Comisionado de Tierras Ejidales, quien arregla la documentación necesaria para legalizar la posesión bajo el código ejidal. Imponer esta ley en la actualidad sería muy difícil, debido a que gran número de ejidatarios activos, particularmente aquéllos que han entrado al sistema durante los últimos veinte años, compraron y no heredaron sus derechos. Muy frecuentemente los vendedores de la tierra han sido viudas sin hijos o cuyos hijos han abandonado la comunidad en forma permanente, y los com-

aproximadamente cincuenta años, cuando el ejido fue distribuido entre 103 garantes (entre dos y tres hectáreas para cada uno), probablemente existían suficientes tierras para repartir. A partir de entonces, la población ha crecido con rapidez, mientras que la base de tierras de riego ha permanecido constante. Combinada con la práctica de herencia repartible, el crecimiento y la división de las familias ha llevado a una importante fragmentación de la tierra. Mientras que la mayoría de los campesinos residentes en la región posee algunas tierras de riego o tiene acceso a éstas a través del ejido, no existe una sola familia que posea más de nueve hectáreas, y el promedio (con base en una muestra de treinta informantes) es de sólo 2.5 has.

A pesar de la situación de minifundio, se ha vuelto evidente que quienes controlan incluso una o dos hectáreas de tierras de riego, se encuentran en una posición muy ventajosa frente a aquellos campesinos (aproximadamente 30%) que tienen que limitarse a cultivar las abundantes pero pobres tierras de temporal. El maíz (principalmente para el consumo doméstico) y la semilla de ajonjolí (para la venta) son las únicas cosechas de las tierras de temporal, mientras que quienes tienen acceso a tierras de riego pueden elegir entre un amplio rango de cultivos y sus esfuerzos serán con toda seguridad recompensados. La mayoría de los campesinos, incluyendo a quienes cultivan tierras de riego, también trabaja tierras de temporal, pero debido al riesgo de sequía, pocos están dispuestos a invertir una parte sustancial de su escaso capital para aumentar la productividad. Por ejemplo, casi todos los informantes afirmaron que rara vez aplican fertilizantes en las cosechas de maíz de temporal porque “quemán” la planta, si se tiene menos lluvia que la normal, y por consiguiente reducen la probabilidad de supervivencia en estas condiciones. Aunque las ventajas de arar la tierra con tractores son bien conocidas, la mayor parte de los propietarios de tierras de temporal no está dispuesta a invertir la tremenda cantidad de trabajo que se requiere para sacar de ellas los troncos de árboles y arbustos. Debido a la frecuencia de las sequías y a la disminución de la fertilidad que los obligan a abandonar estas tierras, a menudo durante varios años, los árboles y arbustos vuelven a enraizarse. De esta manera, mientras que las tierras de riego frecuentemente se cultivan con tractor y se aplica entre 50 y 200 kilogramos de fertilizante químico, las tierras de temporal (con pocas excepciones) se trabajan con un arado tirado por bueyes y con poco o nulo fertilizante. Por estas razones, el rendimiento de las tierras tiende a ser más bajo que el de las tierras de riego.⁴

pradores han sido campesinos sin tierras de riego, que acumularon los fondos necesarios mediante la venta de sus animales de tiro.

⁴ No debemos abandonar esta discusión sin mencionar que existen diferencias importantes en la calidad de la tierra de riego a la que tienen acceso los ejidatarios, y la de los pequeños propietarios, así como diferencias significativas en la calidad de la tierra en general de que disponen estos últimos. Debido a su localización, una buena parte de los terrenos ejidales se encuentra expuesta a los fuertes vientos del norte (nortes) que soplan durante el ciclo agrícola invernal, período de cosechas comerciales (especialmente jitomate). En esta área el viento tira las flores del jitomate y el melón, por lo que el polen se distribuye mal. Por otra parte los fuertes vientos aumentan la tasa de transpiración, obligando

El recurso de estratificación antes mencionado disminuye un poco debido a que muchos campesinos dueños de tierras de riego llegan a acuerdos de aparcería con amigos y familiares, para reducir los riesgos de pérdidas en el cultivo de tomate, pepino, melón y otras cosechas que requieren de mucha inversión de capital y se caracterizan por precios fluctuantes e impredecibles debido a la competencia local y al reducido tamaño de los mercados regionales de estos productos. Se recluta a muchos campesinos como aparceros debido a que poseen una yunta (en el área existen muy pocos tractores y existe gran competencia para rentarlos), lo que posibilita importantes reducciones del capital necesario para la producción. Los campesinos más pobres de la comunidad son aquellos que no poseen ni tierras de riego ni una yunta, aunque algunos de ellos logran llegar a acuerdos de aparcería a través de relaciones de amistad o familiares, o porque tienen fama de inteligentes o trabajadores.

La amplia distribución de la tenencia y el acceso a la tierra por otros medios, ha restringido el desarrollo del trabajo asalariado y por consiguiente de la agricultura capitalista. Prácticamente todos los productores directos trabajan por un salario durante cierta parte del año, pero hay muy pocos proletarios de tiempo completo, al menos en la agricultura, y por consiguiente, es difícil para quienes prefieren administrar sus tierras en lugar de trabajarlas, estar seguros de que habría suficientes trabajadores en el momento preciso en que los necesiten. La necesidad de cuidar las tierras de temporal (las cuales son prioritarias frente a otras actividades durante el ciclo primavera-verano), o el descubrimiento de actividades más lucrativas significa que es difícil confiar en que incluso los campesinos asalariados

a los productores a llevar a cabo riego suplementario, lo cual aumenta el tiempo de trabajo. Sin embargo, un problema mucho más grave en el ejido es el pasto Johnson (conocido localmente como *mata ganado*, *zacate nica* y *qiximica*), que la gran mayoría de los productores no ha logrado derrotar. Este tipo de pasto tiene un sistema de raíces profundas y se extiende de manera subterránea; crece con rapidez con la exposición al agua y los fertilizantes de nitrógeno, robando a las plantas el agua y los nutrientes que necesitan y restándoles luz. Es también extremadamente resistente a todos los herbicidas de que se dispone localmente. Los esfuerzos individuales para su erradicación se han visto obstaculizados debido a que se trasladan semillas de otros campos a través del agua de riego y en el excremento del ganado que pasta en estos campos. Como consecuencia de los problemas de viento y semillas, existen importantes diferencias en los promedios de productividad entre las tierras ejidales y la propiedad privada y esto se refleja en el valor de la tierra, el cual tiende a ser de aproximadamente el doble en este último caso. Y lo que complica las cosas aún más es que al menos treinta de las pequeñas propiedades privadas obtienen su agua de canales alimentados por los dos manantiales naturales que se encuentran en tierras más altas. Durante los períodos de sequía prolongada, como los ocurridos en 1986 y 1987, el manantial superior, Ojo de Agua Grande, se seca y las tierras nutridas con esta agua se transforman de tierras de riego productivas en tierras de temporal. En 1987, uno de los años más desastrosos en este sentido en el Istmo, muchos árboles maduros de mango y coco que ya producían fruta en los campos de El Zapotal y Guadalupe, normalmente irrigados por este manantial, se secaron y murieron. Todo lo anterior sirve para sostener la reciente crítica de Patnaik (1988) en torno al uso exclusivo de la agrupación por tamaño de parcela como medio para identificar las clases sociales rurales. Desafortunadamente, no poseemos el tipo de información que nos permitiría el cálculo de su "índice de explotación del trabajo", que comprobó ser tan útil en el análisis del caso de Haryana, India (Patnaik, 1988: 304 y ss.). Sin embargo, mi propia impresión es que si las familias se clasificaran con base en un índice compuesto que combinara el tamaño de la parcela y el tipo/localización de ésta, los resultados se relacionarían bien con aquéllos basados en el "índice de explotación del trabajo".

más pobres cumplan con los acuerdos anteriores. Posiblemente como resultado de ello, sólo existe un agricultor, un comerciante local con 4.5 has. de tierras de riego, que se dedica a cultivar sus tierras exclusivamente con trabajo asalariado y por consiguiente puede calificarse como pequeño capitalista, y recientemente ha convertido varios de sus campos en huertas de mango para reducir su necesidad de trabajo asalariado adicional. La mayoría de los campesinos más ricos combinan su propio trabajo con trabajo asalariado o buscan interesar a los campesinos pobres en acuerdos de aparcería. Así pues, lo que tenemos en Santiago Laollaga es una comunidad económicamente estratificada, con diferencias de riqueza importantes entre quienes poseen muchas tierras y quienes tienen pocas o ninguna, pero sin divisiones de clase social definidas, al menos por lo que toca a los productores directos.

MANIFESTACIONES DE LA CRISIS

Antes de abordar este tema, valdría la pena considerar qué queremos decir por “la crisis”. Para los economistas y tal vez también para los científicos políticos, la respuesta sería simple. Una crisis económica implica un cambio súbito negativo demostrable, en el caso de México, a través del cambio en las medidas del comportamiento económico de positivo a negativo; en el caso de la tasa de crecimiento del PNB per cápita, y de menos a más por lo que toca al desempleo, la deuda externa y la inflación. Sin embargo, para gran parte de la población de México, las economías domésticas han estado en crisis durante mucho tiempo; podríamos incluso sostener que sólo a través de millones de crisis microeconómicas —de los trabajadores urbanos, rurales y los campesinos— se logró el tan cacareado milagro mexicano (1940-1970), porque fue el trabajo subvaluado de estos trabajadores el que permitió las altas tasas de ganancias de los agricultores del norte del país, de los inversionistas multinacionales y de los grupos industriales de Monterrey y la ciudad de México. En particular, la pequeña agricultura entró en una crisis importante durante la década de los sesenta (si no es que antes) cuando la combinación de crecimiento de la población rural, un estancamiento de la reforma agraria y las políticas de alimentos baratos del gobierno erosionaron los ingresos que habían venido aumentando durante y después de la presidencia de Cárdenas (Calva, 1988; Bartra y Otero, 1987; Montañez y Aburto, 1989). Para los trabajadores rurales y campesinos, la crisis de los años ochenta ha sido únicamente el último y más doloroso episodio de una historia larga y triste.

Por supuesto, lo que es diferente es que la crisis golpeó el núcleo de las clases medias urbanas y de las élites industrial y política. Una crisis de sectores sociales y grupos socioeconómicos particulares que aumentó hasta convertirse en una crisis económica general (y desde julio de 1988, política) de formación social. Esta, por supuesto, es la importancia de las estadísticas macroeconómicas, las cuales no obstante oscurecen el hecho de que algunas gentes (los exportadores de frutas y

vegetales, los dueños de maquiladoras y plantas paralelas) prosperan. Las crisis, incluso las generalizadas, siempre tienen algunos ganadores.

En un intento por documentar las diferentes formas en que este último período de la crisis se ha manifestado en Santiago Laollaga, me centraré en el impacto de la inflación, principalmente sobre el costo de los alimentos y las implicaciones de los recortes presupuestales para el crédito agrícola. Estas dos son las manifestaciones de crisis económica más fáciles de estudiar y documentar, aunque no puede afirmarse que sean más importantes que las crisis ambientales, políticas y, en particular, las crisis de legitimidad (*cfr.* Nugent, 1987). Así, aquí discutiremos algunas de las formas en que los campesinos han respondido al deterioro del clima económico.

Crédito agrícola. Entre 1940 y 1976, la reforma agraria se estancó y el gobierno redujo considerablemente la inversión en agricultura de temporal. La producción nacional de alimentos, luego de un período de rápido crecimiento en la década de 1950 y principios de los años sesenta, comenzó a disminuir (Clava, 1988; Bartra y Otero, 1987). México comenzó a importar maíz en 1975 y para 1980, había pasado de exportador neto a importador de alimentos. Mediante el uso de sus ingresos petroleros y préstamos internacionales, López Portillo desarrolló un programa llamado Sistema Alimentario Mexicano (SAM), diseñado para lograr la autosuficiencia en maíz y frijol para 1985. El SAM era una combinación de precios de apoyo más altos, un sistema de riesgo compartido para las cosechas y descuentos en fertilizantes y semillas mejoradas, todo ello para aumentar el cultivo de las tierras de temporal. Con el SAM, la disponibilidad de crédito agrícola en Santiago Laollaga alcanzó niveles sin precedente durante los primeros años de la década de 1980, con aproximadamente 306 has. cultivadas en el verano de 1982 (cuadro 1). Sin embargo, el SAM fue financiado por la redistribución de los ingresos petroleros y préstamos internacionales a corto plazo. Cuando estos ingresos bajaron y explotó la crisis de la deuda, los costos del SAM, que consumían hasta un 10% de los ingresos totales del gobierno, no pudieron seguir sosteniéndose. Al dejar el poder López Portillo, el presidente De la Madrid intentó poner en práctica una política de austeridad fiscal y sustituyó al SAM por una anémica imitación de éste llamado Programa Nacional Alimentario (PRONAL). Una de las consecuencias de lo anterior fue una rápida disminución de los fondos dirigidos al desarrollo rural. Tomando 1981 como base (=100), Calva (1988: 38-39) calculó que la inversión en el campo, en pesos constantes de 1980, bajó en 1982 a 89.3% de la cantidad de 1981, a 76.9% en 1983 y continuó disminuyendo en 1984 y 1985, a una cifra mínima de 52.1% en 1986, último año para el que se dispone de cifras. Además, la contracción de la inversión rural *excedía* sustancialmente la contracción del presupuesto federal total, lo que significa, por supuesto, que la agricultura sufrió de manera desproporcionada debido a las medidas de austeridad fiscal del gobierno, en comparación con otros programas gubernamentales.

En Laollaga, tanto el número de hectáreas acreditadas, como el crédito distribuido por hectárea (en términos reales, correspondientes a 1981/1982) bajaron constantemente del máximo de 1982 hasta su mínimo en 1985, cuando no

se otorgó crédito alguno. Durante el ciclo de verano de 1986, 180 has. recibieron algún crédito agrícola, pero en 1987, sólo se disponía de crédito para 76 has. de maíz. Al contraerse la disponibilidad de crédito, aumentaron las tasas de interés, de 12% en el invierno de 1981-1982 a 51.7% en la primavera de 1986; sin embargo, continuaron sustancialmente por debajo de la tasa de inflación, la cual promedió aproximadamente 90% anual durante este período.

Y para empeorar la situación de los productores locales, BANCRISA, el ala regional del banco oficial de crédito rural (BANRURAL), reorganizó sus políticas de operación con objeto de aumentar la tasa de recuperación de créditos, la cual había venido fluctuando entre 10 y 50% dependiendo de la cosecha (se recuperaba más en el caso de la semilla de ajonjolí que en el del maíz) y el año.⁵ Incluso en años con buenas lluvias, la tasa de recuperación pocas veces excedía el 50% debido a bajos rendimientos, bajos precios del maíz y a la pobreza de los productores. Los inspectores sólo de vez en cuando llevaban a cabo sus amenazas de cortar los créditos futuros a los deudores. Sin embargo, mediante este subsidio, el Estado estimulaba la producción de granos básicos y semillas oleaginosas en tierras marginales de temporal e incluso tal vez retrasó hasta cierto punto la altísima tasa de migración rural-urbana de la postguerra, e incluso ayudó a proporcionar alimentos básicos baratos a las áreas urbanas. Por estas razones, el sistema crediticio previo a 1982 puede considerarse en gran medida como una forma de asistencia social instrumentada por el Estado (*cf.* CDIA, 1974: 782, 787). Los pequeños productores recibieron crédito, el PRI se agenció votos y el gobierno promovió la producción de alimentos básicos, incluso cuando una gran parte de la inversión estatal en la agricultura fue canalizada a las zonas de riego del Norte y Noroeste, unidas a los mercados de frutas y vegetales de invierno de Estados Unidos (Sanderson, 1986: 43-50; Hewitt de Alcántara, 1976).

Aproximadamente en 1985, las autoridades de BANCRISA aumentaron sus esfuerzos por cobrar deudas atrasadas. Luego de años de tratar a las sociedades de crédito como simples sumas de cuentas individuales, organizadas colectivamente con el único propósito de canalizar la entrega de créditos, el banco comenzó a exigir que las deudas pendientes de cada miembro de una sociedad de crédito fueran pagadas totalmente antes de que se otorgaran nuevos fondos. De esta manera, un solo deudor recalcitrante (o empobrecido) comprometía el valor de crédito de todos los miembros de la sociedad. Las respuestas locales a este cambio de política variaban desde una creciente hostilidad hacia los representantes del banco, hasta un aumento de la enemistad personal hacia quienes tenían deudas pendientes.⁶

⁵ Las tasas de recuperación en Laollaga y el Istmo (*cf.* Binford, 1983: capítulo 7) generalmente han tendido a ser ligeramente inferiores a los promedios nacionales (CDIA, 1974:783).

⁶ Para muchos campesinos laollagueños, el sistema de crédito es menos atractivo como fuente de inversión de capital y materias primas que como oportunidad de participar en el programa federal de seguros agrícolas (ANACSA), el cual disminuye el riesgo en las tierras de temporal. Quienes reciben créditos de BANCRISA deben asegurar su cosecha a través de ANACSA, a la cual se transfiere una parte de los fondos del préstamo otorgado en el contrato. Si los inspectores de campo juzgan que la cosecha es un "desastre parcial" o "desastre total", entonces una parte de la deuda del banco se condona y el

Salarios, precios y costos de producción. Ni las familias ni las empresas rurales tienen a llevar sus cuentas al día de manera sistemática, y esto dificulta el esfuerzo por medir la inflación de precios y salarios. El informe más completo de precios al consumidor de que se dispone para Santiago Laollaga proviene de los archivos de CONASUPO para el período 1982-1988. Se disponía de información comparativa para 1981 para el mercado y la tienda CONASUPO en Espinal, aproximadamente a 25 km. al sur de Santiago Laollaga y a tres km. al norte de Juchitán. El cálculo de los precios relativos se realizó mediante la fijación en 100 de los precios para el año de 1981, anterior a la devaluación y calculando los de los años siguientes como porcentaje de éste. Los cambios reales de precios fueron estimados mediante la deflación de los precios relativos según los cambios en el Índice de Precios al Consumidor de la ciudad de México. No pude obtener datos completos de series cronológicas para los salarios rurales (muchos de los cuales se basan en tareas específicas o a destajo), ni obtuve tampoco series cronológicas completas respecto de los precios que obtenían los productores de los consumidores o intermediarios por la venta de sus productos agrícolas. Sin embargo, utilizando la información obtenida durante el trabajo de campo anterior, comparé los precios y salarios de 1981 de manera directa con los de 1987 y 1988, posibilitando así el cálculo de los cambios relativos en la remuneración tanto de los productores directos de diferentes cosechas y la de los trabajadores asalariados locales (la gran mayoría de los cuales participan tanto en el trabajo asalariado como en la producción directa).

Como puede observarse en el cuadro 2, ocurrieron grandes aumentos de precios durante el período, con variaciones importantes de un producto a otro. En general, para los productos enumerados en el cuadro, los precios de CONASUPO aumentaron entre julio de 1981 y julio de 1987 a una tasa más lenta que el índice de precios al consumidor (de la ciudad de México), como lo indica el hecho de que los precios reales disminuyeron de sus niveles de 1981. Esto no tiene por qué sorprendernos. Muchos de los productos que contribuyen a la composición del IPC poseen contenidos de importación altos y aumentarán de precio más rápidamente que los producidos internamente. Por otra parte, el gobierno subsidia muchos alimentos distribuidos por CONASUPO y aunque estos subsidios se han reducido como parte del plan para recortar los déficit presupuestarios, no se han eliminado totalmente. La sal, el azúcar y el arroz costaban en agosto de 1987 dieciocho veces más de lo que costaban en julio de 1981, pero el costo del maíz aumentó 29 veces, con lo que este último producto resulta relativamente caro en comparación con otros productos. Durante todo el período, el azúcar (y la sal) continuaron subsidiados por el gobierno. El azúcar no es sólo una fuente de calorías baratas, sino que tiene un peso económico importante en la dieta de los pobres rurales y urbanos de México, quienes consumen grandes cantidades de azúcar tanto cruda

banco recupera sus fondos de ANAGSA. De otra manera, quien recibió el crédito es responsable del pago del total a una tasa de interés estipulada en el contrato con una tasa de interés moratorio superior en caso de que el acreedor deje de pagar el préstamo (más intereses) a tiempo (Binford, 1983: 360-367).

como procesada, en alimentos cocinados en casa y bebidas y en alimentos “charra” (refrescos, pasteles, dulces, galletas, etcétera), que reciben gran publicidad por parte tanto de productores nacionales como multinacionales de alimentos.⁷

Debido a que sólo existe un vendedor en CONASUPO, quien además es el peluquero del pueblo, el horario de la tienda es limitado y a menudo las colas son largas; aun así, la tienda tiene muchos clientes, principalmente debido a que sus precios son los más bajos. Además de CONASUPO, existen sólo unas cuantas tiendas más cuyos precios resultan entre un 30% y un 100% más altos, dependiendo del producto, y de entre 45% y 50% más altos en promedio que CONASUPO (cuadro 3), situación que no les ha impedido capturar una proporción importante del comercio al menudeo. Aparte de tener horarios más amplios y de dar crédito a los clientes conocidos, estos comerciantes venden muchos productos que CONASUPO no vende (por ejemplo, cigarrillos, alcohol medicinal, licores, productos farmacéuticos, latería, casetes, verduras frescas, alimentos procesados, etc.).

Durante el tiempo de la cosecha, más o menos en la época de las fiestas principales, y en el caso de la salud y otros problemas, muchos campesinos se encuentran sin dinero y por consiguiente con pocas alternativas para pagar los precios más altos de los comerciantes locales. Para aquéllos cuyo “crédito local” es bajo, los comerciantes están dispuestos a aceptar productos en vez de dinero, recuperables a un interés de 20% mensual (no acumulable), o a vender a crédito (fiado) a un precio muy superior. Pero aun cuando existe dinero disponible, la mayoría de los laollagueños compran a crédito semanalmente al menos algunas cosas de los comerciantes locales.

Ninguno de los tenderos con un surtido amplio de alimentos tuvo que cerrar entre 1981 y 1988. De hecho, si la cantidad y variedad de productos es un indicador, algunas de estas empresas funcionan bastante bien a pesar de que sus precios son mucho más altos que los de la CONASUPO de Laollaga o, en el caso de los productos que la CONASUPO no surte, de las tiendas y mercados de Ixtepec. El aumento en los precios se debe a un surtido reducido y al hecho de que muchos de los productos que venden los comerciantes locales, especialmente ci-

⁷ Cook (1984) escribió que a principios de la década de 1980, en las ladrilleras de la periferia de la ciudad de Oaxaca, los aumentos al precio del azúcar fueron utilizados estratégicamente por los trabajadores como justificación de sus demandas de aumentos salariales. Sin embargo, al desaparecer la mayoría de los subsidios a los precios del petróleo, este producto ha adquirido actualmente el papel de líder de los precios y muchos agricultores piensan, no sin razón, que la inflación en el costo de otros bienes de consumo es culpa del aumento de los precios del petróleo. Las principales opiniones entre mis informantes laollagueños eran que los funcionarios del gobierno aumentan los precios del petróleo para pagar los intereses de la deuda externa o, algunas veces refiriéndose a la enorme riqueza que se apropiaron López Portillo y sus socios, que lo hacen para enriquecerse a costa del campesinado. El impacto de los aumentos en el costo de los productos petroleros se sintió inmediatamente en el aumento de las tarifas de autobuses y taxis, el aumento en las tarifas para la renta de camiones y tractores y los aumentos en el costo de bienes de consumo permitidos por los comerciantes, quienes incurrieron en aumentos a los costos de transporte. Por ejemplo, el 27 de julio de 1987, la gasolina aumentó de 207 pesos/litro a 267 pesos/litro. Al día siguiente, las tarifas de taxis y autobuses de Santiago Laollaga a Ixtepec aumentaron 50 pesos. A las tres semanas, los peones de campo exigían ya 2 000 pesos (500 pesos más) por una mañana de trabajo.

garros, alcohol y farmacéuticos, se venden al menudeo en las tiendas de Ixtepec y posteriormente se reequiptan para su venta local.

Aunque aún requieren de una investigación sistemática, me parece que el número de habitantes del lugar que compraba sus productos en Ixtepec en 1987 y 1988, es menor que en 1981. Mientras que la población siguió creciendo durante este período, la infraestructura de transporte no lo hizo, ya que aún consta, como ocurría en 1981, de cinco taxis (peseros) y dos autobuses anticuados, cuyas mayores ganancias las obtienen de llevar a los habitantes hacia y desde el mercado de Ixtepec, a los jóvenes que van y vienen de la secundaria, preparatoria y la escuela normal de Ixtepec, y a los turistas que van y vienen de Ixtepec a las piscinas de Laollaga y Tlacotepec, construidas alrededor de los manantiales, de los que los habitantes de estas comunidades obtienen tanto su agua potable como su agua de riego. El costo de estos servicios ha aumentado enormemente, al paraje de los costos de la gasolina y los aumentos en el costo de las refacciones y la mano de obra de los mecánicos automotrices. Así, mientras que el costo de los alimentos aumentó en proporciones de 20-30 entre 1981 y 1987, las tarifas de los peseros aumentaron 50 veces. En julio de 1987, un viaje redondo en pesero a Ixtepec costaba 1 000 pesos, el equivalente a lo que un hombre puede ganar por un día de trabajo en los campos locales. Un año después se había duplicado (aunque los salarios también se habían duplicado). En estas condiciones, hacer un viaje al mercado sólo se justificaba para aquéllos que compran y/o venden en grandes cantidades o para aquéllos que poseen un automóvil o camión, la mayoría de los cuales forman parte de la pequeña burguesía local, en su mayoría formada por maestros y los grandes comerciantes (que a menudo también son comerciantes al mayoreo de productos agrícolas locales). Entonces, si como afirma Grindle (1987: 9), "los precios al consumidor siempre han sido superiores en las áreas rurales que en las urbanas", este aumento de precios se da en función no sólo del costo del transporte de mercancías de las áreas urbanas, donde generalmente son manufacturados, sino también del número de manos a través de las cuales deben pasar en camino a su destino final, y al alto grado de concentración de capital comercial entre quienes se encuentran en el sitio o cerca del sitio de venta final.

Aunque los precios al consumidor han aumentado con bastante rapidez, está claro que los salarios y los precios de los productos agrícolas también han subido. Por consiguiente, es importante que analicemos no sólo el aumento en el costo de la reproducción material de la familia (el costo de mantener el hogar a un nivel anterior a la crisis), sino también la capacidad de las familias de generar ingresos superiores de dinero en efectivo. Resumiendo, debemos examinar el movimiento relativo de precios de los insumos (materias primas y medios de producción) y los salarios, en comparación con los precios de los productos finales, y comparar los ingresos netos reales en el período previo y posterior a la crisis.

Una vez indexadas a los cambios en el IPC de la ciudad de México, en 1988 los salarios agrícolas de Santiago Laollaga habían disminuido aproximadamente un 60% en relación con los de 1981, disminución más pronunciada que la de los salarios en la ciudad de México y otras áreas urbanas. Los productores que

cultivaban su maíz y/o mango, se las han arreglado bastante bien. Los ingresos diarios promedio (en términos reales) para los pequeños productores que cultivaban maíz en 1987, fue de aproximadamente 50% de la cifra de 1981 (en pesos de 1981), aumentando a 85% en 1988 debido a que los precios del maíz se triplicaron por el desastre agrícola del verano de 1987. Los ingresos por un día de trabajo en el cultivo de mangos variaron de 30% a 75% de los ingresos percibidos en 1981, dependiendo del precio del mercado de los mangos. Uno podría preguntarse legítimamente cómo los campesinos de Santiago Laollaga, en particular aquéllos que no poseen tierras de riego, sobrevivían dado el deterioro tan radical de los ingresos en el salario y el trabajo agrícola.

Debido a la inclinación del Índice de Precios al Consumidor en favor de los centros urbanos, las cifras anteriores probablemente reflejan una sobrevaluación de esta situación. Este índice se basa en encuestas de los precios de 172 productos y servicios, seleccionados y evaluados según una encuesta nacional de ingresos y gastos de siete poblaciones, que se llevó a cabo en 1963 y posteriormente se modificó con base en la Cuenta Pública Nacional de 1979. La cobertura del Índice aumentó a 16 poblaciones en 1979 (Estadísticas Financiera Internacionales, 1988: 368-369), pero no existen indicaciones de que se hiciera intento alguno por entrevistar a los pobladores de las áreas rurales, ya sea para la selección de los productos del índice o durante las encuestas de precios utilizadas en sus cálculos. Debido a que los estándares de consumo difieren de los de las zonas urbanas, ciertos tipos de productos estarán sub o sobrerrepresentados y la aplicabilidad del índice a éstas áreas podría cuestionarse legítimamente. En realidad, si deseamos obtener información fidedigna, debería haber diferentes índices de precios para áreas rurales y urbanas, para regiones geográficas de la república y tal vez, incluso, para clases sociales y fracciones de clase. Debido a que la mayoría de los laollagueños son pobres, probablemente no consumen la misma variedad y cantidad de productos y servicios que los habitantes de clase media de las urbes, ni su nivel de reproducción material necesariamente puede compararse a la de los pequeño burgueses comerciantes y propietarios locales. Los cambios en sus ingresos reales dependerán, por consiguiente, de aquellos bienes y servicios que efectivamente consumen y éstos pueden cambiar de precio a tasas diferentes de otros productos de consumo de la economía nacional.

El cuadro 4 nos proporciona cierta información en este sentido. Este cuadro combina información acerca de las ganancias nominales del salario diario para el trabajo asalariado agrícola, la producción de maíz (basada en un "promedio" de cosecha de 600 kg/ha.) y la de mango (basada en un rendimiento de 100 cajas), con información de precios de productos obtenida de la rama local de la CONASUPO y, en el caso de la variedad local de maíz llamada zapalote chico, una investigación directa. Con estas cifras, podemos calcular el "valor del maíz", el "valor del frijol", el "valor del azúcar" y el "valor del pollo" de un día de trabajo para otros o la producción de maíz y mangos en tierras propias. Por ejemplo, un día de salario compraba cuatro cuartillos (equivalente a aproximadamente tres kg) de maíz en 1981, tres en 1987 y dos en 1988, una disminución de 25% para el

período 1981-1987 y de 50% para 1981-1988. Por otra parte, el “valor del frijol” del trabajo asalariado disminuyó en casi 50% entre 1981 y 1987 y posteriormente mejoró ligeramente en 1988. Es obvio que cada forma de trabajo combinada con cada producto presentará un caso más o menos diferente. Con la recopilación de información acerca de un número suficiente de productos correctamente evaluada según su contribución en la canasta de productos total, podríamos crear un índice de precios al consumidor rural y evaluar las diferentes formas de trabajo entre sí de una manera más uniforme. Este índice podría ser útil para detectar los cambios en el nivel de vida de los campesinos y artesanos y podría incluso tomarse como medida de su capacidad para defender un nivel de vida en particular (el del año que se indexara). Sin embargo, debido a que carecemos de la información necesaria para crear tal índice, tendremos que contentarnos con las siguientes observaciones.

Primero, el trabajo asalariado tuvo una disminución real general en el poder de compra, pero fue, respecto de los productos alimenticios enlistados en el cuadro 4, considerablemente menor que la disminución real de 60% que resulta de la deflación de los salarios del IPC de la ciudad de México. Aunque estas cifras son fragmentarias e incompletas, podríamos estimar que los salarios de esta población disminuyeron de manera más o menos parecida a la de los salarios urbanos y, por consiguiente, fueron del orden de entre 40% y 50% entre 1981 y 1988. Segundo, los productores de mango y especialmente los de maíz se encontraban en una mejor posición que la de los asalariados agrícolas en 1987 y 1988 respecto de 1981; la agricultura, suponiendo que hubo rendimientos promedio, tendió a proporcionar ingresos que excedían el salario diario en la agricultura. En promedio, con estos cuatro productos, el “trabajo del maíz” perdió 25% de su valor de 1981 en 1987, pero de hecho aumentó 25% en 1988 con respecto de la cifra de 1981, debido fundamentalmente a los precios inflados por la sequía del maíz; las cifras comparables para el “trabajo del mango” fueron de -45% y -31% respectivamente. Finalmente, hay que señalar el tremendo aumento en los precios del pollo, los cuales aumentaron diez veces entre 1981 y 1988. En 1981 podía adquirirse un kilo de pollo con el equivalente a entre tres y cuatro horas de trabajo, en 1987 un kilo costaba el equivalente al salario de dos días. Las carnes de puerco y res siguieron tendencias similares a la del pollo. Como ya lo señalamos, muchas personas afirman haber reducido su consumo de carne, la cual se ha vuelto relativamente costosa, o haber comprado cortes más baratos cuando podían consumirla.⁸

⁸ Una revisión sistemática de la relación entre la crisis y el deterioro de la situación nutricional de México puede encontrarse en Calva (1988: 45-70). Como lo observa Calva (1988: 54), la situación previa a la crisis, en particular en áreas rurales, ya era grave (el SAM fue, en parte, una respuesta a un estudio del Instituto Nacional de la Nutrición, el cual calculaba que 19 millones de mexicanos se encontraban desnutridos y que 13 millones de éstos vivían en zonas rurales); después de 1981, esta situación se volvió verdaderamente grave. El consumo per cápita de alimentos importantes como carne, leche, pescado, frijol e incluso fruta disminuyó entre 12.7% y 30.4% en 1981/1982 y 1985/1986 (Calva, 1988: 46). Sin contar a los grupos de ingresos medio y superior, cuyas compras de productos de lujo y bienes muebles de consumo probablemente disminuirán antes que su consumo de alimentos,

RESPUESTAS A LA CRISIS

A pesar de estar incompleto, el análisis anterior proporciona cierta base para la propuesta de que los campesinos laollagueños con acceso a tierras de riego se encuentran en una mejor posición para defenderse de la crisis que los trabajadores agrícolas, sean agricultores o empleados en la industria urbana. Aunque el “valor del producto” de un día promedio de trabajo de los pequeños productores de maíz y mango disminuyó entre 1981 y 1988, no se redujo tanto como el valor del salario de quienes venden su fuerza de trabajo a otros. Además, la comparación de los ingresos diarios del trabajo en la producción de maíz y mango demuestra que los ingresos promedio varían con las diferentes cosechas, lo que significa que existe un amplio margen para que los agricultores de tierras de riego afecten los niveles de ingresos familiares mediante la sustitución de una cosecha con un valor laboral inferior por otra con un valor laboral superior, es decir, maíz por mangos o, tal vez, jitomate. Dada esta “estructura de producción” local, ¿cuáles podrían ser las estrategias utilizadas por los productores para defenderse o aumentar el nivel de su reproducción material familiar?⁹

Las decisiones de producción dependen de la combinación específica de elementos materiales y no materiales de que dispone una familia. Entre los elementos más importantes están los siguientes: otorgamiento de recursos (cantidad, tipo y

podríamos concluir que la situación entre los grupos de ingresos bajos es aún peor de lo que podría predecirse a partir de las estadísticas. En Santiago Laollaga, se pidió a 28 informantes que compararan su dieta de 1987 con las de los cinco años anteriores. Nueve afirmaron que su dieta de 1987 se había deteriorado con respecto a la de 1982; 14 dijeron que seguía siendo igual, y los restantes cinco dijeron que había mejorado.

⁹ Si las decisiones del productor en torno a la selección y los métodos de producción de los cultivos, se realizan en el contexto de una serie de obstáculos sociales y económicos, es también claro que estas decisiones, si se toman de manera colectiva, pueden alterar el equilibrio de los obstáculos en el siguiente ciclo de producción. Por ejemplo, si grandes números de campesinos laollagueños sustituyeran el maíz con mangos o jitomates, entonces podríamos predecir que los precios locales del maíz (de la variedad zapote chico) aumentarían, como ocurre generalmente cuando se pierde una cosecha. Por otra parte, los habitantes del lugar tienen poca capacidad de influir en el costo de los fertilizantes o en los precios que reciben por el mango y la semilla de ajonjolí, aunque estos precios podrían verse afectados si cientos de miles de campesinos reaccionaran de manera similar a una situación económica cambiante. Lo que quiero resaltar aquí es que en cualquier momento, un productor debe enfrentar una serie de mercados de trabajo, materias primas, servicios y productos finales; con base en la evaluación de sus propias necesidades (que se conforman por estrategias de economía familiar a largo y corto plazo y a las que a menudo se llega mediante la discusión y consulta con otros miembros de la familia), el productor pone a trabajar los recursos de que dispone (efectivo, trabajo, tierras). La actual distribución de estos recursos se basa en conjeturas (aun cuando éstas sean informadas) acerca de un futuro desconocido. Cuando el futuro se aparta de las expectativas, entonces el productor obtiene ganancias inesperadas, gana menos que los rendimientos promedio, o pierde completamente. En cierto sentido, esto ha ocurrido siempre en la agricultura, aun antes del advenimiento del capitalismo. Sin embargo, una vez que los pequeños productores comienzan a competir en un mercado capitalista, los costos de producción tienden a aumentar, así como el número de factores impredecibles y las consecuencias del desastre son mucho más graves. Además, se debilita la red de seguridad social, a través de la cual se redistribuyen los bienes entre las familias relacionadas en períodos de crisis.

calidad de la tierra agrícola, disponibilidad de yunta y otros instrumentos de producción); tamaño y composición de edad/sexo de la familia; tamaño del fondo de inversión (ahorros, envíos, préstamos); experiencia anterior con determinadas cosechas; la evaluación del productor de los mercados para sus productos y sus conocimientos técnicos.¹⁰ La adopción de determinados mecanismos de “defensa” implica una evaluación de las necesidades seguida de una distribución estratégica de recursos (humanos, materiales, culturales) en la producción y/o el comercio para garantizar mínimamente cierto nivel de vida. Las familias también buscan acumular y elevar este nivel o invertir en el mejoramiento de la productividad de sus operaciones agrícolas, si es que pueden. En esta economía rural, completamente permeada por el principio del dinero en efectivo y dominada por el mercado capitalista y en la cual, la diferenciación social, aunque incompleta, está considerablemente desarrollada, no existe prueba alguna de una “lógica campesina” o “lógica de subsistencia” (Chayanov, 1986) diferente de la lógica que presentan los productores de productos al menudeo y capitalistas en el sector urbano de la economía mexicana (*cf.* Bernstein, 1988; Cook y Binford, de próxima aparición; Gibbon y Neocosmos, 1985). Una vez dicho esto, a continuación describiremos algunas de las principales estrategias que se están poniendo en práctica, sin esforzarnos por analizar las condiciones familiares (y otras) específicas que llevan a la preferencia de una u otra.

INTENSIFICACIÓN DEL TRABAJO AGRÍCOLA

La respuesta más notable ante la crisis seguida por diversas familias de la muestra, fue un intento por aumentar la producción. Es importante señalar que esta estrategia ha sido instrumentada mediante la sustitución de “cosechas de subsistencia” como el maíz, por “cosechas comerciales”, tales como caña de azúcar, mango y frutas y verduras anuales.¹¹ Debido a que tales cosechas, con excepción de la caña

¹⁰ La “cuestión del conocimiento”, frecuentemente vista como la principal barrera para la “modernización” de la agricultura en los países del tercer mundo, es probablemente la menos importante en Santiago Laollaga. Ello no quiere decir que no exista cierto número de campesinos de edad avanzada que se aferran obstinadamente a los métodos del pasado (como tampoco podemos negar la existencia de ejecutivos de grandes empresas en los países industrializados que se resisten a la innovación). Sin embargo, la mayoría de los productores demuestran un interés activo respecto *al campo*, intercambiando historias e información. Cuando a alguien tiene éxito en el mercado, este éxito se difunde, especialmente cuando puede atribuirse la introducción de un nuevo cultivo y una nueva variedad híbrida de lo que actualmente se cultiva.

¹¹ Los usos del término “cultivo comercial” y “cultivo de subsistencia” corresponden al tiempo, al lugar y a las circunstancias. De hecho el maíz, que se considera el cultivo de subsistencia *sine qua non* en México, es un cultivo mixto de subsistencia/comercial para muchos campesinos en Santiago Laollaga, quienes cultivan mucho más de lo que sus familias son capaces de consumir. Por otra parte, las frutas y verduras anuales (jitomate, pepino, melón, sandía, etcétera) son cultivos comerciales cuando se cosechan en grandes cantidades, y cultivos de subsistencia cuando se plantan unas cuantas semillas en el jardín, en las orillas de un campo, o entre la milpa.

de azúcar, requieren de más trabajo que el maíz, esta estrategia también aumenta el gasto de fuerza de trabajo, lo que significa simplemente que muchos campesinos de la región deben pasar más horas en los campos y trabajar más que en los años anteriores a la crisis.

Algunos productores afirman que cultivan las mismas cosechas pero que buscan incrementar los rendimientos trabajando la tierra con mayor rapidez, es decir, mediante la reducción de los períodos de barbecho, y un rápido reemplazo de una cosecha por otra, y la práctica de un cultivo más completo durante el proceso de producción (más cuidado en el arado, el deshierbe, etcétera). Aunque estas prácticas probablemente aumentan la producción total (y por consiguiente los ingresos), también tienden a producir una disminución de la utilidad marginal del trabajo (con base en el aumento de la producción, el cual da más al productor por cada hora adicional de trabajo); cuando los rendimientos del trabajo campesino caen por debajo del valor del trabajo asalariado, tendremos situaciones de autoexplotación campesina (*cf.* Bartra, 1975).¹² Además, trabajar la tierra de manera intensiva durante períodos prolongados produce un deterioro ecológico. Con el tiempo, los productores deben enfrentar disminuciones de la fertilidad que sólo podrán contrarrestarse mediante la aplicación de cantidades cada vez mayores de fertilizantes químicos, los cuales, por supuesto, aumentan el costo de producción y disminuyen los rendimientos netos. Desde que el gobierno redujo los subsidios a los productos de Fertimex, mantener los niveles tradicionales de producción se ha vuelto cada vez más costoso. De aquí que la intensificación del trabajo es una solución a corto plazo pero no funciona a largo plazo. Muchos campesinos laollagueños se quejan ya de que, a diferencia de lo que ocurría hace veinte o treinta años, ahora *se ven obligados* a aplicar fertilizantes a sus tierras de riego.¹³

¹² La "autoexplotación" depende del control que tenga el campesino sobre el proceso de su trabajo, lo que posibilita la compensación por la disminución de los rendimientos mediante un aumento del tiempo de trabajo y/o el aumento de la intensidad de éste.

¹³ Es probable que este proceso de intensificación se haya iniciado desde principios o mediados de la crisis de la década de 1970 en la industria de la caña de azúcar/panela. En las condiciones del Istmo, la caña de azúcar comercial, es decir, la producida para su procesamiento en azúcar refinada, requiere que cada tres años se replante debido a que baja el rendimiento. Sin embargo, gran parte de la caña de azúcar que se cultiva en Santiago Laollaga para ser procesada en panela, se plantó hace 25 o 30 años. Los rendimientos han disminuido hasta tal punto que pocas veces exceden 10 a 15 toneladas de caña por hectárea, pero los bajos costos de producción, combinados con aumentos en los precios de la panela, hacían que resultara una empresa comercialmente viable hasta que las fábricas de panela comenzaron a cerrar a fines de los años setenta y principios de los ochenta debido a la escasez de mano de obra (Binford, 1983: 298-317). Después de que se corta la caña, el único trabajo necesario era el deshierbe y el riego periódico, ya que pocas veces se utilizaban fertilizantes. Al destruirse la caña de azúcar, proceso que ya había avanzado bastante en 1981, fue sustituida por maíz, frijol, frutas y verduras anuales y huertos de mango, todos los cuales, a excepción de estos últimos, requieren de más fuerza de trabajo que la caña de azúcar.

SUSTITUCIÓN DE CULTIVOS DE SUBSISTENCIA POR COSECHAS COMERCIALES

Los cultivos comerciales como el jitomate, pepino, melón, etcétera, generan rendimientos superiores a los del maíz, pero únicamente si los precios del mercado son lo suficientemente altos para que el productor pueda recuperar los altos costos de producción. A diferencia del cultivo de granos, las frutas y verduras no pueden almacenarse y el mercado regional es limitado. Los precios al productor fluctúan mucho de estación a estación. En aquellas estaciones en que los laollagueños y campesinos de las comunidades cercanas deciden cultivarlos, el mercado de Ixtepec se inunda y los precios ni siquiera llegan al punto en que puedan recuperar sus gastos.

El mango y la caña de azúcar (esta última para su venta en el ingenio José López Portillo en Espinal), se cultivan actualmente en tierras de riego en el ejido donde anteriormente se cultivaba maíz. Por esta y otras razones, la comunidad, auto-suficiente en maíz en años anteriores, tiene actualmente un déficit crónico del grano. Cantidades de maíz cada vez mayores se compran a la CONASUPO de Ixtepec. Como ya lo señalamos, el mango presenta rendimientos al trabajo muy superiores a los del maíz; lo que no mencionamos fue que no requiere gran cantidad de trabajo y por consiguiente limita su contribución a los ingresos totales de la familia campesina. Quienes plantan huertas de mango (generalmente entre .5 y una hectárea) son campesinos de tiempo parcial ("caballeros") con fuentes de ingresos no agrícolas; campesinos que cuentan con varios campos de tierras de riego, quienes no quebrarían en caso de un desastre en el mercado del mango, o campesinos mayores con poca energía, cuyos hijos han dejado el hogar paterno. Quienes poseen familias muy grandes y tierras de riego limitadas, casi invariablemente dedican al menos parte de éstas a la producción de maíz para el consumo doméstico, y restringen su producción de mango o copra a la periferia de sus campos. En general, 27 de 30 jefes de familia plantaban maíz en tierras de riego y temporal entre el verano de 1986 y el de 1987.

Aproximadamente 10% de los informantes han dejado de plantar maíz —al menos no cultivaron maíz durante dos estaciones consecutivas en 1987 y 1988. El campesino A.G., viudo con dos hijas adolescentes, es uno de ellos. Heredó de su madre un campo de tres cuartos de hectárea de tierra de riego donde cultiva frijol, melón y pepino para su venta en el mercado. Puede ocupar terrenos comunales de temporal y podría cosechar maíz de primavera/verano (como lo hacía a principios de la década de 1980), pero afirma que al diversificar sus tierras de riego y rotar sus cultivos comerciales obtiene mejores ingresos por su tiempo de trabajo. Como resultado de ello, debe comprar maíz y/o tortillas. Es notable que haya comenzado a poner en práctica esta estrategia cuando sus dos hijos ya habían abandonado el hogar paterno (uno para convertirse en maestro y el otro para unirse al ejército), y su mujer había muerto, con lo cual disminuyeron tanto la fuerza de trabajo como los gastos familiares.

FUENTES ALTERNATIVAS DE FINANCIAMIENTO

Cuando BANCRIISA les suspendió los créditos agrícolas en 1984 debido a los créditos no recuperados de una cosecha malograda de frijol, los ejidatarios de la región firmaron contrato con FINASA, la autoridad de crédito azucarero, para poder resolver sus problemas financieros. Esto implicó la sustitución del maíz por un cultivo comercial —la caña de azúcar— y de esta manera aumentaron la dependencia potencial de la comunidad respecto del maíz en los años de sequía.

La mayoría de los ejidatarios que cultivan caña de azúcar siguen cultivando maíz y otros productos en uno o más terrenos. Sin embargo, al firmar el contrato con el ingenio de Espinal solucionan la necesidad de buscar financiamiento, al menos para una parte de sus tierras, puesto que el ingenio otorga créditos para la preparación mecánica de la tierra y fondos a los propietarios para el deshierbe, riego y otras tareas que deben realizarse. Estos adelantos se cargan contra sus cuentas y posteriormente se descuentan (junto con el pago de los intereses) del valor bruto de la cosecha de caña. Por consiguiente, muchas familias obtienen un flujo regular de efectivo durante la estación de cultivo, y este dinero se utiliza para financiar la producción de maíz y la compra de aquellos alimentos y otros productos que no produce la familia. Aun si la cosecha de caña es pequeña y el productor queda endeudado con el ingenio, el efecto de ello sobre las finanzas familiares es mínimo, ya que las deudas siguen vigentes de una estación a la siguiente, posponiendo así el pago final. De cualquier manera obtuvieron los beneficios de infusiones periódicas de efectivo a la economía familiar y se les proporcionó fertilizante y otros insumos, muchos de los cuales llegaron a los campos de maíz o fueron vendidos a otros campesinos para obtener fondos adicionales.

ACUERDOS COMERCIALES ALTERNATIVOS

A partir de 1981 y hasta 1986, los precios del mango aumentaron en 500%, mientras que los precios en la CONASUPO del lugar aumentaron en más de 1000%. En 1987, los productores locales de mango formaron una cooperativa comercial para buscar compradores externos para su producto y vencer así a la media docena de comerciantes con camión y sus agentes locales, quienes monopolizaban el mercado y se pensaba que estaban manteniendo bajos los precios. Con la ayuda de los técnicos de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH) de Tehuantepec, se pusieron en contacto con representantes de la Casa Verdin, uno de los grandes compradores al mayoreo, con oficinas en Chahuities (al sureste de Laollaga) y bodegas en el centro y el norte de México. La Casa Verdin mandó a Laollaga inspectores para tomar muestras de la fruta y con el tiempo firmó un contrato de compra de mangos a un precio 300% superior al ofrecido por los comerciantes-intermediarios. Esto obligó a los compradores locales a aumentar

también ellos sus precios. Los productores locales, al ver que los intermediarios aumentaban sus precios para competir con Verdín y que seguían comprando la fruta, llegaron a la conclusión de que efectivamente habían estado obteniendo ganancias exorbitantes en la comunidad durante años. Habría que preguntarse si una respuesta colectiva de este tipo se podía haber presentado en ausencia de una crisis económica. No obstante, es importante señalar que los principales elementos que intervinieron en la formación de la cooperativa no eran campesinos, sino que fueron algunos maestros del lugar que también poseen huertas de mangos.¹⁴

En 1988, los precios del mango disminuyeron en términos reales aun para aquellos que pertenecían a la cooperativa. Según un informante, uno de los principales intermediarios, un cacique famoso, pretendió sabotear a la organización informando a la administración de la Casa Verdín que estaban pagando a los productores de Laollaga precios excesivos por sus mangos. Mientras los productores de Laollaga sean incapaces de establecer rutas directas hacia los mercados del norte mediante la compra de camiones, por sí solos o junto con los productores de mangos de otras comunidades del Istmo, continuarán siendo víctimas de los compradores externos, quienes podrán fijar los precios, ya sea a través de un acuerdo informal, como antes, o de un control monopólico del mercado, lo cual probablemente ocurriría si la Casa Verdín o cualquier otro comprador logra expulsar a los pequeños compradores.

CONCLUSIONES

Una vez analizada brevemente la situación de Santiago Laollaga, podemos retornar a las preguntas originales. ¿Es ésta una comunidad desusadamente próspera o una población pobre? ¿Cómo podemos explicar la compra de bienes muebles y la construcción y mejoramiento de las viviendas en el contexto de lo que es, en términos macroeconómicos, una crisis económica de grandes proporciones? ¿Acaso los laollagueños han logrado enfrentar la crisis mejor que otros campesinos?

Primero, debemos admitir que de acuerdo con las normas de la mayoría de los habitantes del campo mexicano, casi todos los habitantes de Santiago Laollaga son bastante prósperos. La base de los recursos de la comunidad incluye una importante cantidad de tierras de riego aunque, como ya lo señalamos, la distribución de estas tierras no es igualitaria. Sin embargo, la sola presencia de tierras de riego es poco usual en un país en el que el 80% de éstas está clasificada como árida o semiárida y donde sólo aproximadamente 15% de las tierras cultivadas es de riego (Riding, 1984: 189). Así, lo que ocurre en Santiago Laollaga no

¹⁴ Los ingresos cada vez menores de los maestros, resultado de los ajustes presupuestales del gobierno frente a la crisis, se traducen en que los maestros sin tierra se vuelvan cada vez más dependientes de sus ingresos agrícolas adicionales para mantener a sus familias. Al menos algunos de ellos buscaron ávidamente otras formas mediante las cuales obtener ganancias superiores por sus mangos.

debe tomarse como representativo de aquellas zonas mucho más extensas, como la importante región de la planicie central, que depende más de las lluvias. En estas áreas, las observaciones de Grindle (1987 y 1988) y Cook (1988) nos proporcionan un punto de partida útil para el análisis de las respuestas de los campesinos y campesinos-artesanos ante la crisis económica de México.

No obstante, la idea de riqueza en Laollaga, evidente en la lista de compras de bienes de consumo recientes que se proporciona al inicio de este trabajo, debe colocarse en el contexto adecuado. En una época de comunicación y consumo masivos, la cual deja sin afectar a pocas áreas del planeta, muchos productos de consumo básico, normales para la mayoría de los habitantes del primer mundo, también se han convertido en necesidades reales aun en el tercer mundo, hasta el punto de que su ausencia se experimenta como carencia; esto hace que la gente esté dispuesta a realizar sacrificios tremendos para obtenerlos, incluso en períodos de crisis económica. A menudo se pasa por alto que los campesinos disfrutaban de lo que podría parecerles ingresos extraordinarios, cuando se da una cosecha de mango, se lleva un cerdo al mercado, o el rendimiento de maíz es excepcionalmente bueno. En una economía caracterizada por la hiperinflación, es poco lo que puede hacerse con este dinero, excepto gastarlo rápidamente, y la gente lo gasta de manera que les haga la vida un poco más disfrutable. Para muchas familias, la crisis no ha hecho que desaparezcan estos ingresos extraordinarios, aunque bien podría haber tenido el efecto de reducir su frecuencia y su magnitud cuando llegan a ocurrir. Por otra parte, hay que subrayar que la adquisición de los bienes de consumo se realizó a lo largo de seis o siete años. La compra de una grabadora, una televisión o una tonelada de cemento, o incluso dos o más de estos u otros bienes durante un período como éste, no contribuye mucho al mercado interno.¹⁵ Así, cuando sobrepasamos la *imagen* de modernización, nos damos cuenta de que aunque no son insignificantes, estas compras son todavía bastante modestas.

Por supuesto, la capacidad de las familias de mantener o incluso mejorar sus estándares de vida durante la crisis, varía. De este modo, hablar de la capacidad de los laollagueños para sortear la crisis es bastante inexacto. ¿Quiénes son estos míticos laollagueños a quienes nos referimos al inicio de esta sección? ¿Comparten algo más que la residencia en una unidad definida políticamente y reconocida por el Estado y, tal vez, en función de esta residencia, ciertos sentimientos arraigados en la defensa de su territorio de los chihuitecos y los tlacotepequeños entre otros? De hecho, Santiago Laollaga, como ya lo señalamos antes, es una comunidad social y económicamente diferente, sin que esta diferencia se haya desarrollado lo suficiente como para generar un capitalismo agrario y un proletariado rural de tiempo completo. Cualquier discusión posterior de las respuestas a la crisis debe proceder a partir de este punto, incluso si con el tiempo lleva a una descripción y un análisis de los métodos mediante los cuales se redistribuye en la práctica el

¹⁵ Las encuestas de consumo llevadas a cabo en cinco familias durante un período de 30 días, indicaron que un promedio de 70% de los ingresos en efectivo se gastaba únicamente en alimentos.

y un análisis de los métodos mediante los cuales se redistribuye en la práctica el control de los recursos básicos, como la tierra y las yuntas, concentrado en la propiedad (por ejemplo, la mediería, la renta de tierras, etcétera). Cook (1988: 72) lo señaló para el valle de Oaxaca:

Existe pobreza en el campo del valle de Oaxaca y, para muchas personas, ha sido exacerbada por la crisis; pero también es importante reconocer la presencia variable de pobreza y su desigual diseminación debido a la inflación. La existencia de una diferenciación social y una desigualdad económica muy amplia en el interior y entre las poblaciones del valle de Oaxaca, sugiere la capacidad diferencial de las FAC (Familias de Artesanos y Campesinos) para ajustarse a condiciones de crisis económica. Las declaraciones de los informantes apoyan la tesis de que algunas familias sufren más que otras los efectos de la actual crisis económica.

De aquí que algunas familias se encuentren claramente en peor situación que hace cinco o seis años, mientras que la posición de algunos en la estructura socio-económica local ha mejorado en términos relativos, aun si en términos absolutos se observa poca mejoría. Mi opinión es que muchos de los costos de la crisis y de los esfuerzos de las familias para compensar esta situación sólo se apreciarán a largo plazo. Es probable que muchos jóvenes deban renunciar a sus carreras para entrar al ejército (cada vez mayor número de ellos lo está haciendo), debido a que sus padres y familiares no fueron capaces de cumplir con sus deseos de darles una educación posterior a la secundaria, pero los envíos de dinero de los salarios militares servirán a las familias para sobrevivir en un mejor nivel en el corto plazo. ¿Cuál es el futuro de la tierra básica y del empleo intensificado de químicos tóxicos para la salud tanto de los laollagueños como de los otros istmeños que viven en las inmediaciones? Estas son algunas de las contradicciones a largo plazo de las llamadas “adaptaciones” a corto plazo a la crisis.

Cuadro 1
CRÉDITO DE BANCRIISA PARA EL CULTIVO DE MAÍZ A PRODUCTORES DE SANTIAGO LAOLLAGA, 1981-1986

Ciclo de maíz	Cultivo	Núm. solicitantes	Has. solicitadas	Núm. acreditado	Has. acreditadas	Credito (en términos reales, inv. 81/82=100)	Proporción de crédito (inv. 81/82=100)	Tasa de interés	Credito para cultivo	Costo de fertilizante (pesos/kg)	Seguro de vida	Precio de garantía para el maíz (pesos/ton)	Cuota de pagos (ton/ha.)	Comentarios
I 81/82	maíz	ND	ND	ND	30	7 956	1.00	12.0	750	5.59	160	ND	-	
V 82/82	maíz	88	269	94	306	8 595	.87	20.0	1 000	6.65	360	6 550	1.31	
I 82/83	maíz	33	48	25	39	7 380	.52	20.0	1 250	9.80	340	10 000	.74	Desastre parcial en 31 has. (1)
V 83/83	maíz	84	273	83	271	19 700	.91	27.0	2 500	ND	120	10 200	1.38	Desastre total en 255 has. (2)
I 83/84	maíz	24	45	24	45	18 225	.67	27.0	2 500	20.38	400	16 000	1.14	33 has. afectadas; prom. 400-500 kg/ha.
V 84/84	maíz	65	138	ND	112	16 905	.46	28.5	4 000	21.93	ND	25 000	.68	
I 84/85	maíz	33	46	ND	ND	ND	ND	ND	ND	ND	ND	ND	-	
V 85/86	maíz	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	
I 85/86	maíz	28	42	ND	40	44 708	.64	42.0	6 500	48.80	1 350	43 500	1.03	31 has. pérdida parcial; prom. 500 kg/ha. (4)
V 86/86	maíz	83	181	71	180	44 931	.46	51.7	6 500	ND	925	53 500	1.19	177 has. cosechadas con muchos problemas (5)

Notas:

I = invierno, V = verano.

(1) Plagas y vientos huracanados.

(2) Pérdida total al 7 de agosto debido a sequía: para septiembre 21-22. BANCRIISA dio por totalmente afectadas 190 has. Muchas tierras se prepararon pero jamás se cosecharon por falta de lluvia. Posteriormente, otras 62 has. se perdieron de un total de 255.

La lista se envió a ANAGSA y el 30 de octubre se otorgó indemnización a 55 personas; a ésta siguieron otras listas.

(3) ANAGSA redujo 11 has. del seguro debido a que la tierra se cultivó fuera del período estipulado.

(4) Plagas de insectos y vientos huracanados.

(5) Las plagas y vientos huracanados produjeron una primera pérdida de 53 has. El 20 de agosto se canceló el crédito para 102 has. y se retiraron las cuentas a ANAGSA; se llamó a 29 miembros de la sociedad de crédito que debían entre 6 750 y 27 000 pesos para que liquidaran sus deudas pues no habían llevado a cabo el trabajo de manera programada.

Cuadro 2
PRECIOS SELECCIONADOS DE CONASUPO, 1981-1988

Fecha	Maíz		Sal		Frijol		Azúcar		IPC 7/81 = 100
	precio comercial	rel. 1981	precio real	rel. 1981	precio comercial	rel. 1981	precio comercial	rel. 1981	
7/81*	6.0	(100)	(6.0)	(100)	16.5	(100)	12.5	(100)	100.0
7/82	6.8	(113)	(4.3)	(123)	12.0	(73)	12.5	(100)	154.4
7/83	16.0	(267)	(4.9)	(183)	21.0	(127)	28.0	(224)	327.3
7/84	28.0	(467)	(5.2)	(355)	31.0	(188)	50.0	(400)	538.5
7/85	43.5	(725)	(5.2)	(477)	76.0	(461)	65.0	(520)	827.8
7/86	84.0	(1 400)	(5.5)	(900)	252.0	(1 527)	114.0	(912)	1 538.4
7/87	172.0	(2 867)	(4.8)	(1 833)	463.0	(2 806)	231.0	(1 848)	3 591.4
7/88	285.0	(4 750)	(3.6)	(4 333)**	715.0	(4 333)	516.0	(4 128)	7 965.3

* Todos los precios de 1981 se obtuvieron en la CONASUPO de Espinal.

** El precio de la sal para 1988 proviene de la CONASUPO de Ixtepec puesto que la de Laollaga había agotado sus existencias del producto durante el período en que se realizó la encuesta. En general los precios de la CONASUPO de Ixtepec eran aproximadamente 10% más altos que los de Laollaga, aunque existía considerable variación de un producto a otro.

Cuadro 3

COMPARACIÓN DE PRODUCTOS EN BODEGA Y PRECIOS EN TRES TIENDAS DE LAOLLAGA (agosto 9-12, 1987)

	CONASUPO	Tienda S. Ordaz		Tienda N. Peza	
	Precio	Precio	+/- CONASUPO	Precio	+/- CONASUPO
Alimentos básicos					
1. Maíz	210	ND	ND	600/cua	0.0%
2. Frijol (kg.)	463	600	+ 29.6%	600	+ 29.6
3. Sal (kg.)	110	200	+ 81.8	200	+ 81.8
4. Azúcar (kg.)	231	300	+ 29.8	300	+ 29.8
5. Arroz (kg.)	340	500	+ 47.0	600	+ 76.4
6. Huevo (c/u)	63	70	+ 11.1	80	+ 27.0
7. Aceite comestible (500 ml.)	NA*	550	ND	600	ND
8. Pasta para sopa (200 gr.)	150	250	+ 66.7	300	+ 100.0
9. Leche evaporada	275	450	+ 63.6	450	+ 63.6
Diferencia media de CONASUPO			+47.1%		+ 51.0%

Cuadro 4
VALOR DE MERCANCÍA DE UN DÍA DE TRABAJO ASALARIADO, PRODUCCIÓN DE MAÍZ Y PRODUCCIÓN DE MANGO
(1981, 1987, 1988)

	Rendimiento nominal al trabajo (por día)		Poder de compra por un día de trabajo (trabajo asalariado, producción de maíz, producción de mango)												
	Maíz	Mango	Cuartillos de maíz		Kg. de frijol		Kg. de azúcar		Kg. de pollo						
	Salario	Maíz	Salario	Maíz	Mango	Salario	Maíz	Mango	Salario	Maíz	Mango				
1981	100	102	1 529	4.0	4.1	61.2	6.1	6.2	92.7	8.0	8.5	122.3	1.7	1.7	25.5
1987	1 500	1 956	20 961	3.0	3.9	41.9	3.2	4.2	45.3	6.4	8.5	90.7	.5	.6	7.0
1988	3 000	6 781	57 308	2.0	4.5	38.2	4.2	9.5	80.2	5.8	13.1	111.1	.5	1.1	9.6

BIBLIOGRAFÍA

- Bartra, Roger, "Peasants and Political Power in Mexico: A Theoretical Approach", en *Latin American Perspectives*, 2 (2) pp. 125-145, 1975.
- Bartra, Roger y Gerardo Otero, "Agrarian Crisis and Social Differentiation in México", en *The Journal of Peasant Studies*, 14 de abril de 1987, pp. 334-362.
- Bernstein, Henry, "Capitalism and Petty -Bourgeois Production: Class Relations and Division of Labour", en *The Journal of Peasant Studies*, 15 (2), pp. 258-271, 1988.
- Binford, Leigh, "Economic Crisis and Peasant Defense in Rural Oaxaca", Manuscrito inédito, Departamento de Antropología, Universidad de Connecticut, 1989.
- Binford, Leigh, "Political Conflict and Land Tenure in the Isthmus of Tehuantepec", en *Journal of Latin American Studies*, 17 (2), pp. 179-200, 1985.
- Binford, Leigh, *Agricultural Crises, State Intervention and the Development of Classes in the Isthmus of Tehuantepec, Oaxaca, México*, Ph. D. Diss. disertación doctoral, Universidad de Connecticut, Departamento de Antropología, 1983.
- Brooks, David, "México: Whose Crisis, Whose Future?", en *NACLA* 21 (5-6), pp. 13-39, 1987.
- Calva, José Luis, *Crisis agrícola y alimentaria en México 1982-1988*, México, Fontamara, 1988.
- Campbell, Howard, "The COCEI: Culture, Class, and Politicized Ethnicity in the Isthmus of Tehuantepec", en *Ethnic Groups*, en prensa.
- CDIA (Centro de Investigaciones Agrarias), *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- Chayanov, A. V., *The Theory of Peasant Economy*, Madison, Wisconsin, Universidad de Wisconsin Press, 1986.
- Chiñas, Beverley, *The Isthmus Zapotec: Women's Roles in Cultural Context*, Nueva York, Holt Rinehart, 1973.
- Churchill, Nancy, *Knock on Any Door: Social Differentiation and Political Process in a Community of Southern Oaxaca, México*, tesis de Maestría, Universidad de Connecticut, Departamento de Antropología, 1987.
- Cook, Scott, "Inflation and Rural Livelihood in a Mexican Province: an Exploratory Analysis", en *Mexican Studies* 4, (1), pp. 55-77, 1988.
- Cook, Scott, *Peasant Capitalist Industry*, Washington, University Press of the Americas, 1984.
- Cook, Scott y Leigh Binford, *Obliging Need: Petty Industry and Capitalism in Mexico*, Austin, Texas, Universidad de Texas, de próxima aparición.

- Cornelius, Wayne, *The Political Economy of Mexico Under de la Madrid: The Crisis Deepens, 1985-1986*, Center for U. S. Mexican Studies, Serie Informes de Investigación, 43, San Diego, Universidad de California, 1986.
- Esparza, Manuel, *Las tierras de los pueblos. El distrito de Juchitán en el Siglo XIX*, Oaxaca, Archivo General del Estado, 1987.
- Gibbon, P. y M. Neocosmos, "Some Problems in the Political Economy of African Socialism", en H. Bernstein y B. K. Campbell (eds.), *Contradictions of Accumulation in Africa: Studies in Economy and State*, Beverly Hills: Sage, 1985; pp. 153-206.
- Gobierno de México, *Ley de Reforma Agraria*, México, D. F., 1981.
- Grindle, Merilee S., *Searching for Rural Development*, Ithaca, Cornell University, 1988.
- Grindle, Merilee S., *The Response to Austerity: Political and Economic Strategies of Mexico's Rural Poor*, Cambridge, Harvard Institute for International Development, 1987.
- Fondo Monetario Internacional, *International Financial Statistics* 41, pp. 368-369, 1988.
- Massey, Douglas S., Rafael Alarcón, Jorge Durand, y Humberto González, *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from Western Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1987.
- Hewitt de Alcántara, Cynthia, *Modernizing Mexican Agriculture: Socioeconomic Implications of Technological Change, 1940-1970*, Ginebra, United Nations Research Institute for Social Development, 1976.
- Luiselli, Cassio, "¿Por qué el SAM?", *Nexos* 3 (32), pp. 26-35, 1981.
- Montañez, Carlos y Horacio Aburto, *Matz: Política Institucional y Crisis Agrícola*, México, Editorial Nueva Imagen, 1979.
- Nugent, David, "Mexico's Rural Populations and 'La Crisis': Economic Crisis or Legitimization Crisis?", en *Critique of Anthropology* 7 (3), pp. 93-113, 1987.
- Patnaik, Utsa, "Ascertaining the Economic Characteristics of Peasant Classes-in Themselves in Rural India: A Methodological and Empirical Exercise", en *The Journal of Peasant Studies* 15 (3), pp. 301-333, 1988.
- Radda, Kim, "Women's Roles and Economic Strategies in a Southern Isthmus Community", Ponencia presentada en la 28a. Reunión Anual de la Northeastern Anthropology Association, SUNY Albany, Nueva York, 1988.
- Ramírez, Miguel, "The IMF Austerity Program, 1983-1987: Miguel de la Madrid's Legacy", en *Latin American Studies*, núm. 7, Storrs, Ct., The University of Connecticut/Brown University, 1989.
- Riding, Alan, *Distant Neighbors*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1984.
- Rogers, William D., "Approaching Mexico", en *Foreign Policy*, núm. 72 (otoño), pp. 196-209, 1988.

- Rubin, Jeffrey, "State Policies, Leftist Oppositions, and Municipal Elections: The Case of the COCEI in Juchitan", en Arturo Alvarado (ed.) *Electoral Patterns and Processes in Mexico*, pp. 127-160, monografía núm. 22, San Diego, Center for U. S.- Mexican Studies, 1987.
- Rymph, David, *Achievement Motivation, Innovation, and Entrepreneurship in an Isthmus Zapotec Village, Oaxaca, Mexico*, disertación doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Kentucky, 1978.
- Sanderson, Stephen, *The Transformation of Mexican Agriculture: International Structure and the Politics of Rural Change*, Princeton, New Jersey, Universidad de Princeton, 1986.
- Spalding, Rose J., *The Mexican Food Crisis: An Analysis of the SAM*, Research Report Series, 33. Center for U. S.- Mexican Studies, La Jolla, California, Universidad de California, San Diego, 1986.
- Warman, Arturo, "El futuro del Istmo y la de la Presa Juárez", *Guchachi' Reza*, núm. 15, pp. 2-4, 1983.